

FOLK-LORE COLOMBIANO

No sabiendo quién otro fuera de Vergara se haya ocupado por extenso de esta materia, que se presta mucho a un trabajo de mayor empeño, queremos aventurar algunas consideraciones generales a propósito del artículo publicado por Menéndez Pidal sobre los romances de América.

Es preciso reconocer que si aquella forma métrica puede constituir lo más precioso de una popular antología regional, en la actualidad no compondría lo más abundante, cediendo en esto la palma a las coplas cuartetas, redondillas y demás medidas cortas. El cancionero aventajaría al romancero, dado que la musa del vulgo prefiere la brevedad, y con ésta poco se compadece el viejo romance hispánico, tan usado hasta el siglo XVII.

En cambio las cuartetas, etc., sólo furtivamente ensayadas al correr del siglo XV, adquieren más tarde su preponderancia en la Península, y en las otras nacionalidades de habla castellana han sentado plaza definitiva para beneficio del estro humilde y casero. En los metros dichos ya es tan copioso lo original nuestro, que en raros casos pudiera determinarse la procedencia española: lo que no acontece tratándose de romances, la mayor parte de los cuales subsisten hoy, fueron trasplantes aclimatados en estas zonas. De suerte que no ya las *Primaveras* de Böhl, de Wolf y de Hoffmann, ni la *Silva* de Grimm, sino los vergeles del trópico, suministrarán material en este ramo para el florilegio patrio.

Cuatro antologías colombianas de poesía culta se han editado, pero ninguno de nosotros ha pensado formar todavía el florilegio de que hablamos, a imitación de los compiladores de otras repúblicas hermanas. Tales han sido en la Argentina Ambrosetti y Zeballos, au-

tor este último de un cancionero popular; en Chile, Vicuña Cifuentes y Adolfo Valderrama, que escribió su *Bosquejo de la poesía chilena*; Cornejo en el Perú, en el Ecuador Juan León Mera, quien publicó los *Cantares del pueblo ecuatoriano*, y en el Uruguay Wifredo Pí, que compuso una *Antología de la lírica gauchesca*.

Es curioso notar que en nuestros países la abundancia de los cantos del pueblo guarda proporción inversa con la del elemento indio, hállese o no mezclado con el blanco. También vale indicar que no es frecuente en nuestras canciones la alta nota patética, por mucho que ésta parezca ser más propia de la literatura espontánea que de la reflexiva.

En un tiempo la poesía popular fue rama principal de la épica, y hoy lo es de la lírica. Dividida por sus asuntos cantables en religiosa, erótica, sentenciosa y narrativo-descriptiva, la especie predominante en cada pueblo americano, considerada en conjunto como obra de arte y como un signo colectivo, daría ocasión para analizar íntimamente las peculiares índoles nacionales: intento laborioso en que habría de ponerse a contribución la discutida crítica de Taine, examinando el influjo permanente del clima, y el transitorio del medio social, no en individuos aislados, sino como querría Hennequin, en la masa misma de la plebe anónima, de cuyas ideas y sentimientos es el canto la expresión más ingenua.

Escasean acá en Colombia los temas religiosos de este género, contra lo que fuera de suponer. Muy pocos son los villancicos originales que aún nos quedan. Los demás cantares religiosos, casi siempre alusivos a santos muy conocidos, suelen degenerar en rasgos grotescos, donde cabe la peor parte a San Pedro, cuando no es puesta en solfa Santa Bárbara, sin que salgan mejor librados la Magdalena, San Juan y San Antonio. Muestra de tales cantos ofrecen las romerías y también

los *velorios*, resabios de prácticas indígenas, comunes en América y en otras comarcas antiguas y modernas, bárbaras y civilizadas. En Dinamarca, por ejemplo (para omitir más naciones de Europa), es tradicional la celebración del *farvel* o banquete de despedida en el propio salón donde se haya expuesto el féretro del que acaba de fallecer. Menudean los brindis (*skaal*), y los comensales se dispersan luégo con los cumplidos de costumbre: *Tak for mad. Velbekomme*. «Gracias por el convite. Que aproveche.» Extraña asociación de dolor y alegría, de amistad y egoísmo disimulado. En todo aquello no deja de traducirse el placer instintivo de quien se ve libre del general peligro, en presencia de una víctima de la muerte.

En varias de nuestras tierras cálidas, no bien ha expirado alguno durante la noche, sube un deudo a la cumbre más alta de los contornos, desde donde, con gritos prolongados, llama a velar el muerto a los vecinos moradores, que acuden sin tardar al llamamiento. No faltan entre tanto los grandes aprestos de una comilona que se repite por dos días sucesivos, alternando con bailes y cantinelas que nada tienen de elegiaco.

La tendencia a juntar lo sagrado con lo profano adopta todas las formas, desde la inocentemente jocosa hasta la obscena en ocasiones.

Sobreabundan las coplas amorias, compensando la escasez de las sentenciosas. Mas no se crea que de las primeras haya repertorio variado e interesante, pues difícilmente hay alguna que valga la pena, aprovechando lugares tan comunes como los desdenes y ausencias y los ojos de la amada, con flores y suspiros por aditamento.

En el subgénero narrativo es deplorable que para nada se hayan tenido en cuenta los episodios históricos de la Guerra Magna, aunque los hechos de ese linaje

han sido siempre y dondequiera, grandes fuentes de inspiración. Al menos no tenemos noticia de trovas heroicas que anden en boca del pueblo. Procediendo por exclusión encontramos que el bagaje de canciones vulgares narrativas se abastece de relatos familiares, lances poco emocionantes y una que otra efusión sentimental, como la tan conocida y elogiada *Yerbecita de mi puerta*.

Son numerosas las salidas irónicas, tomando por blanco preferido de burlas alguna vieja, un cotudo, o la finada consorte. Ejemplares de esto se oyen por toda la República con más o menos variantes, pues la copla que empieza *Mi mujer y mi mulita*, bastante repetida en el valle de Chimbe, es la que en el Táchira cantan los peones cafeteros, sustituyendo la mulita por el revólver, entre libaciones de *michi* o *cordereño*.

No puede negarse el ingenio en muchas de aquellas estrofas, especialmente tratándose de objetos bajos, que no pudieran traerse a cuento sin menoscabo del decoro. En no pocas se descubre origen llanero, y fácil será comprobarlo en la colección que el P. Fabo, candelario, tuvo cuidado de añadir a su obra referente a los pobladores de Casanare.

Algunas hay en metro combinado y de gran movimiento:

« Como yo no tenía perros
con gatos me fui a cazar: -
maté la pava, la guacharaca,
la gallineta y el pavo real.»

En diversos juegos de niños se conservan letras como la de *Ayayay, aguacerito!* Quizá éste sea el medio más ordinario de inmortalizar una cantinela; y bien lo sabría el insigne Pombo de quien son varias, apropiadas a diversiones infantiles ya proverbiales aquí, tomadas de los *Cuentos morales* y de los *pintados*.

Aparte de los cantos llaneros (que no siempre son *galerones*), mencionaremos en Colombia las *décimas*, impropriadamente denominadas así, que con pasmosa facilidad improvisan los *cantores de línea* en las regiones del Bajo Magdalena. Tuvimos oportunidad de escucharlas cerca de la desembocadura del río César navegando en compañía de un barquero cuya vena poética parecía inagotable. Las dichas *décimas* son de rigor en el baile *merengue* y en las *cumbias* de la Costa. En Tumaco perduran las *décimas a lo divino*, religiosas; y las *décimas a lo humano*, de marcado sabor partidarista, con que los negros acompañan sus *agualargas* y *tiguarandas*, al són de marimba y cununos, jucos y sonajas.

Los versos del Patía son melancólicos, aun cuando sirven para las danzas nombradas, muy semejantes al torbellino cundinamarqués, o a las *vuelatas* y al *baile de garrote* que hacia el noreste de Antioquia se ejecuta acompañado por la vihuela *brava*.

No será impertinente observar la peculiar pronunciación que en la Sabana de Bogotá la gente plebeya da a los vocablos: nos referimos a la imprecisión de las mismas según se advierte, v. gr. en los voceadores de periódicos; de manera que a distancia sólo se percibe una especie de *a* muy abierta, en que se confunden los demás sonidos. Consta que en el idioma muisca hubo ciertas vocales intermedias; y no es temerario buscar ahí la causa remota de la imprecisión que apuntamos.

Pasando a otras naciones de Sudamérica, hallamos en Chile los *corridos*, regocijo de las *carpas* y *chinganas*; en el Paraguay los *tristes* y *yaravies*, originarios del Perú según Azara; en el Uruguay las *payadas*, y en la gran República del Plata las *milongas*, que Unamuno y el escritor platense Soto y Calvo comparan a los cánticos griegos. En efecto, las estancias dichas recuerdan los ditirambos y peanes, cuando al pie del ombú y de

los quebrachos acompañan la *chacarera*, entonadas por los sucesores del jacarandoso payador Santos Vega, cuya sombra hace vagar aún el poeta Obligado entre las lagunas de la pampa «con la guitarra a la espalda»:

Si entonces cruza a lo lejos
galopando sobre el llano
solitario algún paisano,
viendo al otro en los reflejos
de aquel abismo de espejos,
siente indecibles quebrantos;
y alzando en vez de sus cantos
una oración de ternura,
al persignarse murmura:
«el alma del viejo Santos!»

En todas las estrofas enumeradas hay un aire predominante, voz de toda una raza nueva e inconfundible; monotonía que vibra y se prolonga de un rincón a otro de nuestros territorios denunciando el vínculo fraternal.

No hemos pretendido propasarnos de indicaciones superficiales sobre este tópico vastísimo, no digno de legos aficionados como el que estampa estas líneas, sino de literatos de fuste. Sabido es que el señor Gómez Restrepo recogió y envió a España unos cuantos romances con que las gentes de nuestros Departamentos hállanse familiarizadas desde tiempos coloniales.

Un estudio integral del *folk-lore* americano, que comprendiera canciones, cuentos, tradiciones, refranes y provincialismos, importaría más para el conocimiento etnográfico de la América Latina, que la descripción de indumentarias y usanzas locales; o que la historia de las razas primitivas del continente, de la cual ha trazaado ya un cuadro completo el arqueólogo Beuchat.

En cuanto atañe a la época moderna, se han emprendido por ahora en el campo de la sociología y de la crítica general, ensayos valiosos que ilustran los nom-

bres de Bulnes, Zumeta, García Calderón, Blanco Fombona, Rodó, Ugarte y Alberdi. A ellos hay que agregar, poniéndolos junto a los de Cuervo, los trabajos lingüísticos recientes de Gagini en Costa Rica, de Membreño en Nicaragua y de Jáuregui en Guatemala.

JUAN CRISOSTOMO GARCIA
Presbítero.

EPISODIOS DEL REGIMEN FEDERAL

en el Magdalena—1877 (1)

Exaltadísimos quedaron los ánimos en toda la República con los acontecimientos que tuvieron lugar en el año de 1875. Si a esto se agrega el extremo a que llegó el gobierno en su hostilidad al sentimiento religioso, sobre todo en el estado del Cauca, se explica por qué en ese estado fue donde primero estalló la chispa que debía, poco después, incendiar toda la República.

El partido radical había degenerado de partido político en secta filosófica; y poco antes de esta época «entró el país en un verdadero vértigo de intransigencia religiosa y filosófica, manifestada en la prensa liberal primero, y más luégo, de 1876 en adelante, en el congreso y en las asambleas de los estados.» Eso provocó resistencias, como no podía menos de acontecer en un pueblo esencialmente católico como el nuestro. Para perpetuarse en el poder, el partido radical escogió como campo de acción la enseñanza oficial. En las facultades

(1) Véanse los estudios anteriores a este y sobre el mismo asunto, en los tomos precedentes de esta REVISTA.